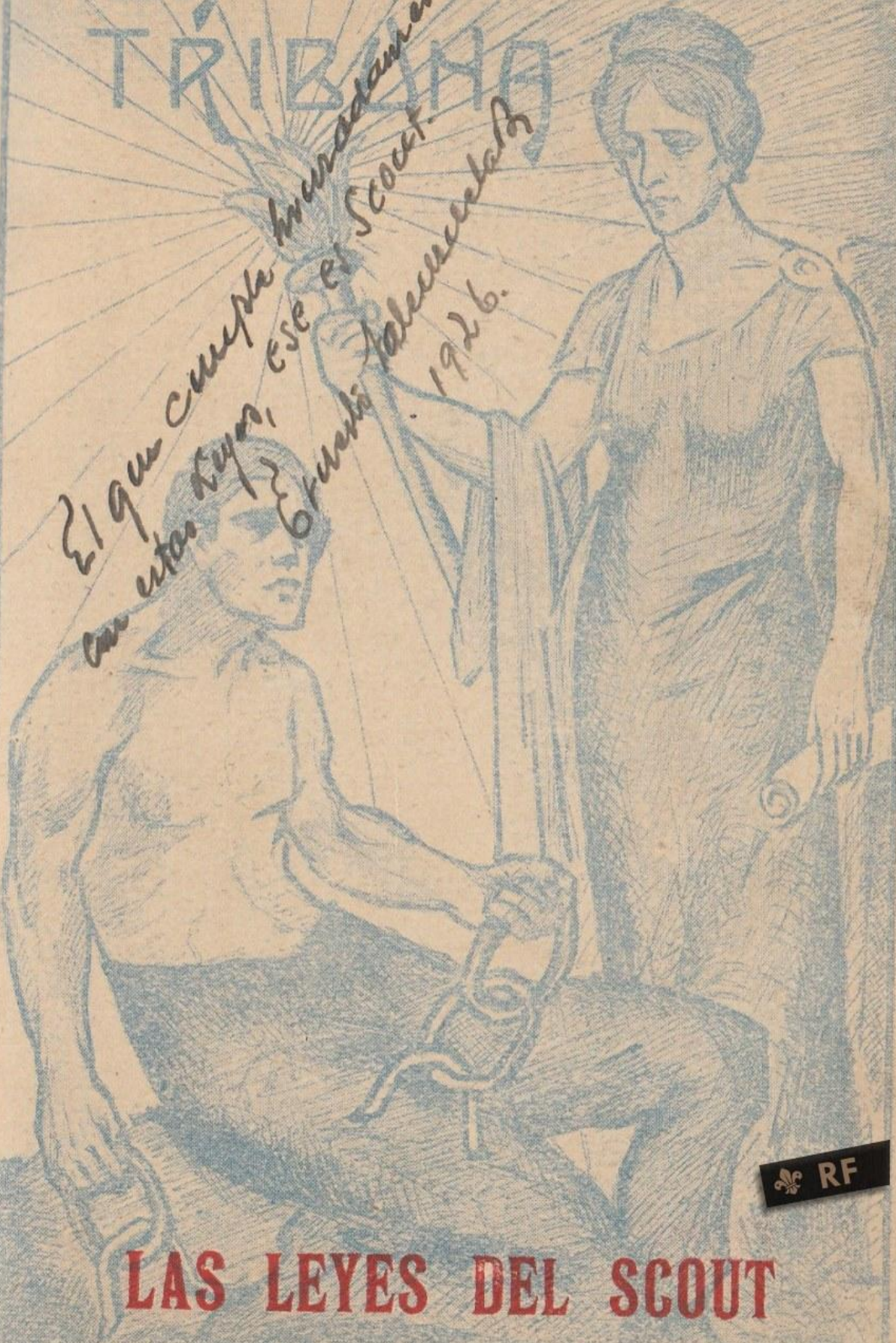


DICIEMBRE - FOLLETO N. 44 - 1923

LA TRIBUNA

*El que cumple maravasamente
con estas leyes, ese es Scout.
12 Grupos. Valencia. 1926.*



RF

LAS LEYES DEL SCOUT

NO BASTA

NO BASTA QUE UD. LEA ESTE FOLLETO: ES NECESARIO QUE ASIMILE SUS IDEAS.

NO BASTA QUE UD. ASIMILE SUS IDEAS: ES NECESARIO QUE LAS PROPAGUE.

NO BASTA QUE LAS PROPAGUE: ES NECESARIO QUE INTERESE A TODA PERSONA QUE UD. CONOZCA EN LOS NOBLES FINES QUE PERSIGUE.

NO BASTA QUE UD. INTERESE A TODA PERSONA EN LOS NOBLES FINES QUE PERSIGUE: ES NECESARIO QUE UD. COLABORE Y HAGA COLABORAR, INTELECTUAL Y ECONOMICAMENTE, EN LA EMPRESA DE BIEN Y DE CULTURA EN QUE ESTAMOS EMPEÑADOS.

LA DIRECCION.

Santiago, Casilla 115.

SUSCRIPCION ANUAL (12 folletos), VOLUNTARIA. —

MINIMO: \$ 3.00. Número suelto: \$ 0.40.

A estudiantes, scouts y obreros, la mitad de estos precios.

Las leyes del Scout

FOLLETO N.º 44—Núm. 2.

(Precio: cuarenta centavos)

Las leyes del Scout

(Conferencia dada en el Salón de Honor de la Universidad
de Chile por don AMADOR ALCAYAGA A.)



Segunda Epoca

1923

DICIEMBRE

Centro Editorial "LA TRIBUNA"

Santiago de Chile, Casilla 115

RF



LAS LEYES DEL SCOUT

SEÑORAS, SEÑORES, SCOUTS:

El Directorio Provincial de los Boy Scouts de Santiago me ha encomendado la honrosa misión de explicar a los niños asociados a esta bella institución de bien público el significado de los preceptos que constituyen su Decálogo, esto es, los diez mandamientos de la ley escautiva.

Insinuado el cometido en referencia, sin vacilaciones, acepté desarrollar ante vosotros el tema que se me propuso; pero, credme que, llegado el momento de realizarlo, más de una duda, más de un arrepentimiento han turbado mi espíritu...: confieso que el cariño a la asociación escautiva, la fe absoluta que tengo en los bienes imponderables que está prestando a la República,

velaron mi entendimiento, hasta el extremo de hacerme olvidar que no bastan la buena voluntad y la admiración a una doctrina para ser capaz de exponerla con la inteligencia y unción que debiera ser vulgarizada.

Pero, señores, el modesto profesor que habla es scout y, en este carácter, no le es lícito, ni aún ante la evidencia de un fracaso, abandonar esta honrosa tribuna, pues, como lo ordena uno de nuestros preceptos morales, un scout no falta jamás a su palabra empeñada. Y si ese precepto moral no hubiera aguijado mi espíritu para seguir adelante, estoy cierto que me habrían servido de acicate la gratitud que, como educador chileno, profeso a los directores y benefactores de esta noble asociación, porque sé que vosotros estáis imprimiendo en el pecho de la juventud cuanto noble sentimiento debe adornar el alma de nuestros hijos, porque les estáis enseñando a leer en ese gran libro de la naturaleza la verdadera ciencia de la vida, porque, en fin, entre las sinuosidades de la sierra, la grandeza de las altas cumbres, los verdores de las campiñas y las bellezas de nuestro cielo azul, estáis acrecentando las bondades físicas de nuestra raza.

Vuestra empresa de contribuir a la grandeza de la Patria por medio del perfeccionamiento de sus hijos, implica, pues, la mejor obra constructiva que puede emprenderse en estos delicados momentos de nuestra vida de nación. Seguid adelante y, sin desfallecimientos y desconfianzas, estad ciertos de que la simiente de los

grandes ideales que día a día arrojáis en el surco abierto y preparado con el esfuerzo y la constancia, tiene la eficacia de la fructificación.

* * *

Jóvenes scouts:

Habéis jurado obedecer las leyes esenciales de vuestra hermosa y grande institución, esas leyes que por sí solas constituyen el más perfecto código moral de un hombre honrado.

Aunque sea a grandes rasgos, os voy a explicar cada una de ellas.

1. Un scout debe amor a su familia, abnegación a su patria y lealtad a las leyes: a aquéllas y a éstas ha de amparar cuando sean ofendidas o amagadas.

Sabéis quiénes forman nuestra familia y cuán vigorosos son los vínculos que nos unen con nuestros padres,

nuestros hermanos y nuestros parientes. Parece que el espíritu de familia fuera un sentimiento instintivo en la mayor parte de los animales, sentimiento que la inteligencia humana organiza, perfecciona y embellece.

Sin familia organizada no se concibe una Patria, que no es otra cosa que un conjunto de familias que tienen las mismas tradiciones, sangre, lengua, costumbres, historia y esperanzas; y sin amor no puede existir ese primitivo núcleo social que se llama familia, al menos carecería ésta de los perfeccionamientos y bellezas que constituyen el verdadero hogar.

Fuente y centro de todas esas afecciones familiares son nuestros padres, quienes, al darnos la vida, criarnos y educarnos por amor, llenaron nuestras almas de ese amor, que, tal vez por su misma grandeza, se irradia de nosotros y alcanza con sus rayos de ternura a nuestros hermanos y parientes, esos otros seres que viven nuestra misma vida de sentimientos e ideales.

El amor de los amores familiares es el cariño de los padres para con sus hijos; y porque sois amados por encima de todas las personas y las cosas, la primera obligación que os impone vuestra ley es el deber de amar a vuestra familia, a vuestros padres principalmente. ¡Qué deber más grato y fácil de cumplir para un hijo que no tenga la desgracia de poseer un cerebro anormal o un corazón vacío de toda nobleza! ¡Qué grato es cumplir con ese deber que sólo nos exige retribuir con un poco de cariño el más grande y puro de los amores!

El cariño de un hijo para con sus padres es otro de los afectos más sinceros y profundos que se alberga en el corazón humano.

Por esto ni siquiera se ha menester de sentido moral para sentirlo, ni que el hombre alcance el desarrollo de sus facultades superiores.

¿No vemos que el niño, instintivamente, cuando aún no tiene conciencia de su vida, se acurruca en el tibio regazo de su madre y con qué seguridad duerme ahí, en esa cuna bendecida por el cielo, sus sueños de inocencia?

¿No lo vemos después clavar en ella su mirada candorosa y que sus primeras sonrisas y sus primeras lágrimas las provocan sólo el placer o el dolor instintivo que la presencia o el alejamiento de la madre le ocasionan?

Crece el niño y poco a poco la satisfacción de todas sus necesidades espirituales y materiales, la gratitud y la confianza, etc., acercan y estrechan a esos dos seres, hasta fundirlos en el más tierno de los afectos.

Pero el corazón humano es manantial inagotable de ternura: el niño empieza a sentir otro grande amor, que también le llena el alma de dulzuras inefables, y es el afecto hacia su padre.

Pasan los años, el niño llega a la adolescencia, a la juventud, a la edad adulta y a la vejez, y los años y la experiencia le gritarán siempre en la conciencia que alrededor de sus padres ha contraído una deuda de gra-

titud que no será capaz de pagar con todas sus ternuras, abnegaciones y cuidados. Y así es, en efecto: les debemos primero la fuente de la vida; después la satisfacción de todas las necesidades materiales; enseguida la educación de los sentimientos y de la inteligencia; el consuelo en las desventuras; el orgullo de ser herederos de un hombre honrado...

Por esto, queridos niños, he dicho que sólo un desgraciado, de cerebro anormal o de corazón vacío de toda nobleza, puede ser incapaz de cumplir con los deberes que tenemos para con nuestros padres; y por si mis palabras no fueren suficientes para arraigar en vosotros esos deberes, escuchad, lo que, a este respecto, dice el escritor Miguel Parera. (1).

«Joven ciudadano que llegas a la virilidad: calcula los desvelos y dolores que cuestas a tu madre; las horas de angustia, inquietud y zozobra que vió pasar, luchando contra la muerte que acechaba el momento de robarte a su cariñoso afecto; las noches de insomnio pasadas a la cabecera de tu lecho, ansiosa y anhelante, esperando que la salud te devolviera la vida; la pena y sufrimiento que devoró su corazón cuando, por cualquier motivo, te vió triste o enfermo. Piensa en lo que ha tenido que luchar y trabajar tu padre para rodearte de las comodidades en que has vivido, para ganar tu sustento y pagar

(1) El Perfecto Ciudadano.

tus estudios; en las veces que habrá tenido que sacrificar sus gustos y acallar sus deseos para que tú no te vieras privado de lo más necesario y aún de lo superfluo, para labrar tu fortuna y asegurarte un porvenir».

Razón han tenido, pues, los legisladores de todos los países al imponer en preceptos obligatorios el respeto, la sumisión y asistencia que los hijos deben a los padres, y los teólogos y moralistas de todas las religiones, para elevar a la categoría de ley divina el mandamiento de honrar padre y madre.

En ninguna época de la vida nuestros padres necesitan más de cuidados y ternuras que en la ancianidad. Si es emocionante ver a un padre ayudando al tierno hijo a dar los primeros pasos, mucho más lo es ver a un hijo sosteniendo a su padre en los últimos pasos de la vida.

Dice Mantegazza: «Cuando veo a un hombre encorvado por los años y los achaques, que se apoya en el brazo de su propio hijo, siento que mis ojos se humedecen y me veo arrastrado involuntariamente a quitarme el sombrero cual si estuviera delante de Dios». (1).

Por todas estas consideraciones, os explicaréis por qué en épocas pasadas, en Grecia y Roma antiguas, y aún en la presente, en el Asia Oriental, se practica por muchos millones de hombres el culto a los antepasados, quienes fueron y son tenidos como dioses protectores del hogar;

(1) El Arte de ser Feliz.

y por qué los grandes hombres que ha tenido la humanidad, han querido y honrado intensamente a sus progenitores. Así, por ejemplo, cuando la Francia entera aclamaba a Pasteur y le discernía el título de sabio y de bienhechor de la humanidad, en el momento de descubrir la piedra colocada en la casa donde nació, su inmenso amor filial lo obligó en tal forma a olvidarse de sí mismo y de la apoteosis que contemplaba, que sólo fué capaz de decir entre sollozos: «Oh, mis padres queridos, vosotros que ya no estáis en el mundo de los vivos, vosotros que vivisteis modesta y afanosamente en esta casita, vosotros a quienes debo cuanto soy... ¡Bendita sea vuestra memoria, bendito vuestro amor que me sacó de la nada y me hizo hombre!»

Y para qué salir del país en busca de esta clase de ejemplos edificantes, cuando aún creo latente en todos los espíritus el cuadro conmovedor visto hace tres años en el cementerio de la Capital, a donde llegó un hijo rodeado de todos los suyos y en la tumba querida rindió el tributo de afecto y gratitud debidos a las cenizas de sus padres. Declaro sinceramente que en ningún momento de su vida he visto más grande a ese ciudadano ilustre que en aquella circunstancia, pues ni la popularidad de su nombre ni el éxito de la más reñida de las contiendas electorales le hicieron olvidar la deuda contraída con sus progenitores. De más está que os diga que ese buen hijo e ilustre chileno fué el actual Presidente de la República, el Excmo. señor Arturo Alessandri.

* * *

El suelo que nos ha visto nacer, con todo ese conjunto armónico de bienes, bellezas, fragancias y armonías, desde los tesoros inagotables de sus entrañas preñadas de riquezas hasta la variedad de su clima templado por las brisas y purificado por las nieves; desde la soberbia de sus montañas que escalan el infinito hasta el verdor y colorido de sus campiñas; desde las caricias de las olas que besan nuestras costas hasta la música de las cascadas que se precipitan de las altas cordilleras; el susurro de las frondas de sus bosques, la fragancia y colorido de sus flores, todo esto y mucho más no son otra cosa que esta Patria, «copia feliz del Edén», como la denominó el poeta.

Pero también integran nuestra Patria la raza viril que posee y habita su territorio, unida etnográficamente por sus costumbres, su lengua, sus tradiciones e ideales que le son comunes. Y son fracciones de ella, pedazos de esa sublime entidad, el hogar que nos protege, los seres queridos que nos rodean, los recuerdos inefables que hinchen nuestras almas, los bienes materiales que nos pertenecen.

El amor a la Patria es otro sentimiento innato en el hombre: toda inteligencia lo comprende y todo corazón lo siente. ¡Hasta la fiera ama la cueva que le presta abrigo! ¡No puede, pues, ser el hombre, tratándose de este sentimiento, menos que la fiera!

Sólo los pueblos corrompidos y en decadencia carecen de ese amor al suelo patrio que hizo grandes a otros que supieron sentirlo y cultivarlo: la corrupción y decadencia de los últimos días de las repúblicas griegas y de Roma, destruyeron su existencia nacional, cuando antes el culto de ese sentimiento las habían hecho grandes, prósperas y felices.

El sentimiento de humanidad puesto en oposición al sentimiento patrio es un absurdo monstruoso, un juego de palabras sin base racional alguna, porque Patria y Humanidad no son términos que se excluyen, sino entidades morales que se complementan. ¿Se opone, acaso, el cariño que le tenéis a vuestra madre, por ejemplo, con el que le profesáis a vuestro padre y hermanos? ¿Véis pugna de sentimientos entre el amor que sentís por vuestra familia y el que experimentáis por vuestra Patria? ¿Por qué, entonces, considerar incompatibles el amor a la Patria con los sentimientos de afecto y solidaridad debidos a las patrias de los demás hombres?

No acojáis, queridos niños, ese monstruoso absurdo, tan absurdo como si un hijo sintiera por la madre de los demás hijos el mismo afecto que siente por la madre propia; tan absurdo como si un padre sintiera por las mujeres de los demás hombres el mismo afecto que profesa a la esposa propia. Ese hijo y ese padre serían unos impostores, y aquél terminaría por renegar de su madre y éste, por hacerle traición a la esposa. En un círculo mayor, el cosmopolita, es decir, el hombre que reconoce

como patria cualquier sitio de la tierra, termina por no querer a ninguno.

Las personas de sentimientos elevados prodigan a su Patria los efectos más íntimos del alma, y lo manifiestan honrándola y sirviéndola. Los hombres honramos y servimos a nuestra patria cumpliendo con las numerosas obligaciones que la vida ciudadana nos exige, hasta con la de dar la propia existencia cuando así lo requieren la defensa de su honor e integridad.

Vosotros, los niños, también, aunque menores, tenéis las vuestras: os exige, en todas las circunstancias de la vida, ahora principalmente que estáis definiendo y moldeando vuestra personalidad moral, ser veraces, moderados, leales, perseverantes, laboriosos y practicar otras tantas virtudes necesarias a todo hombre útil y honorable. Porque debéis saber que todos los actos que realicéis, aún los más íntimos, influyen en la felicidad o desgracia de la Patria: la buena conducta privada dignifica, fortalece y perfecciona al hombre, y aún más, influye en la vida y conducta de los demás hombres; la mala conducta privada enerva y aniquila, contagia a los demás, desnaturaliza los mejores sentimientos, y aún arrebatla la vida. En consecuencia, como la Patria se compone, en una parte muy principal, de un conjunto de individuos, el valor de una patria depende de la calidad de los elementos que la constituyen; de modo que vuestra vida privada contribuye esencialmente a hon-

rar y engrandecer o a befar y empedecer a vuestra Patria.

Debéis, pues, practicar siempre las virtudes a que me he referido y todas aquellas otras que os indique vuestra conciencia, en la seguridad que, ejercidas inteligente y sistemáticamente, formarán en vosotros ciertos nobles hábitos, que son indispensables a la felicidad individual y colectiva. Más que por convicción, procurad ser morales por hábito, que cuando hayáis llegado a tan alto grado de perfeccionamiento, podréis consideraros un ejemplar del hombre bueno, el único que efectivamente contribuye a encaminar a la República por la senda de sus grandes destinos.

* * *

Así como el hogar no puede existir sin autoridad que lo dirija, sin aquellas reglas de conducta y orden que los padres le imprimen, la Patria tampoco puede prosperar sin esas reglas por las cuales se rigen los miembros que la forman y por las cuales ella misma se constituye y organiza.

Esas reglas son las leyes, que aseguran la tranquilidad, amparan los derechos e imponen la justicia.

Nuestra Patria tiene las suyas, y como se las ha dado libremente, esto es, no han sido impuestas por la fuerza y el capricho de alguien, sino por la voluntad nacional,

debemos lealtad a éstas y estamos obligados a ampararlas cuando sean amagadas.

II. Un scout no falta jamás a la palabra empeñada y ha de ser para él un ambicionado honor merecer, por su veracidad, la confianza de los demás.

Existe en el hombre el anhelo instintivo e insaciable de explicarse el origen y razón de ser de todo lo creado, de inquirir, comprobar y exponer la verdad. Por esto, sabios y filósofos de todos los tiempos y lugares han dado reglas a la inteligencia para guiarse por los caminos que conducen a poseerla y propagarla, reglas que en filosofía se conocen con el nombre de métodos de investigación y exposición científicas.

Esa sed de verdad ha hecho luchar al hombre desde que la primera chispa de razonamiento alumbró su inteligencia y, a pesar de todos los obstáculos, padeciendo mil martirios, día a día, sigue estudiando y descubriendo los tesoros inagotables que ella encierra. Pero la veracidad de que os habla la ley escautiva, no es, propiamente la verdad científica: es esa virtud del espíritu que nos obliga a proferir conceptos que se conforman con la realidad de los hechos y circunstancias, con la sinceridad de nuestras opiniones, con la honradez de

nuestros juicios. Quien se coloca fuera de esa norma de conducta, miente; es un embustero.

La mentira, como cualquier vicio del alma, tiene muchas formas y gradaciones: desde la simple exageración, que es una verdad desnaturalizada por la malicia o la fantasía, hasta la imputación de un hecho calumnioso, que constituye una infamia. Así, se miente por interés, se miente por vanidad, se miente por cobardía, se miente por maldad. Los hombres que tienen una clara conciencia de su dignidad personal, dicen siempre la verdad, y, en el peor de los casos, saben callar, por lo cual la sociedad los designa con los honrosos calificativos de francos, nobles y leales, y los rodea del afecto y estimación a que son acreedores por su veracidad. Y razón sobrada hay para ello, porque quien se ha formado el hermoso hábito de decir siempre la verdad, ha debido empezar por educar su carácter, pulir su inteligencia, perfeccionar sus sentimientos.

El hombre verídico es, pues, casi un hombre perfecto, y la ley escautiva, al imponeros como un mandato la veracidad, quiere que todo scout sea un niño lleno de toda clase de merecimientos.

III. Un scout cumplirá con su deber, será útil a sus semejantes y les prestará la ayuda que hayan menester.

Al llamaros vuestra ley al cumplimiento del deber, os impone todas aquellas obligaciones que tenéis como chileno, como hijo, como hermano, como camarada, como escolar, etc. ¿Cuáles son esos deberes? No necesito enumerarlos porque sé que están escritos en la conciencia humana.

No es el deber un concepto abstracto e irrealizable, ni tampoco es un ideal que sólo puede ser alcanzado mediante sufrimientos, privaciones y ascetismos. Al contrario, consiste en encuadrar todos nuestros actos dentro de las normas de conducta que esa ley de la vida llamada BIEN nos dicta para encaminar nuestros pasos hacia el cumplimiento del destino racional de nuestra especie.

Uno de los más grandes deberes de un corazón bien nacido es amar y ser útil a sus semejantes.

El hombre no sólo por instinto, sino por propia conveniencia se ha organizado en sociedad. Cada ser humano, célula de ese organismo, desempeña o debe desempeñar una función propia, función que da vida a

organismo social y lo impulsa hácia su progreso y desarrollo. Por lo tanto, sin *cooperación*, sin ayuda recíproca, no hay propiamente sociedad: el hombre necesita del hombre como del agua que bebe y del pan que lo alimenta. En consecuencia, la vida individual sólo es concebible en la fantasía de los novelistas, al menos la vida amplia, la única que vale la pena de ser vivida y que toda persona tiene derecho de vivir. Salvo una pequeña parte de nuestra personalidad, que es obra individual, todo o casi todo lo que somos y poseemos es obra del esfuerzo colectivo: somos, pues, deudores los unos de los otros, lo que nos obliga a dar el tributo de afecto y gratitud que debemos a nuestros semejantes, a nuestros hermanos. Si no fué un Dios quien aconsejó a los hombres a amarse los unos a los otros, sin duda alguna que ese mandato es digno de la inteligencia infinita de Dios.

IV. Un scout debe ser cortés con todos, sin distinción de clases sociales.

Cortesía y cultura son conceptos tan parecidos que, a veces, los empleamos el uno por el otro. Sin embargo, a cortesía es sólo una manifestación, pero muy im-

portante, de la cultura, pues todo hombre culto es cortés, aunque, desgraciadamente, no toda persona cortés es una persona culta.

Cortés es un individuo amable, atento y respetuoso; es la dama y el caballero que tienen los modales y manera de ser que les caracteriza.

Un scout debe ser cortés con todo el mundo, no con esa cortesía estudiada y acomodaticia, sino con sinceridad y llaneza, y «con todo el mundo», porque la cortesía sujeta a la clase social a la fortuna de las personas, revela en quien la practica a un ser esclavo de toda clase de prejuicios, incapaz de distinguir dónde se halla el verdadero mérito de los hombres. Ni altanero, pues, con los humildes, porque ello revelaría fatuidad y pequeñez de alma, ni servil con el poderoso, porque ello significaría miseria moral.

V. Un scout es intrépido, alegre y vivo y jamás anda con la cabeza inclinada.

Intrépido es un hombre que tiene valor para afrontar todas las situaciones difíciles que el destino le depare: y tiene valor quien, debido al dominio que sabe ejercer

sobre los más violentos instintos y pasiones, no vacila para consumir un acto que implica el cumplimiento de su deber.

La alegría y la viveza, atributos tan propios de la niñez, deben reflejarse siempre en el rostro de un scout. Nada es más desgarrador que la tristeza de un niño; nada más criminal que ocasionársela. Los niños sanos de alma y de cuerpo son siempre alegres y vivaces: sus juegos y sus risas son inherentes a esa edad de la vida, como el verdor en la hoja, el fruto en la rama y la fragancia en la flor, manifestaciones de la primavera de la naturaleza.

Sed, pues, alegres; nunca induzcáis en error con vuestra tristeza: vuestro código moral no quiere que se os tome como a niños martirizados por su propia conciencia; y os exige que andéis siempre con la cabeza levantada para que no se os confunda con los malvados, que nunca miran de frente, salvo que añadan el cinismo a sus podredumbres morales.

VI. Un scout hace el bien por el bien, sin pensar en premios o recompensas.

Esta ley escautiva es uno de los más hermosos mandatos de vuestro Decálogo.

Hacer el bien por el bien, esto es, hacerlo porque se tiene la conciencia de que todo bien debe ser amado, y no hacer el mal por el mal, porque se tiene la conciencia de que todo mal debe ser aborrecido, es propio de una persona que ha logrado alcanzar un alto grado de perfeccionamiento moral.

El que hace el bien por algún interés, no hace un verdadero bien sino simplemente un negocio para su propio beneficio. Así proceden los egoistas, que nunca dan cuando no tienen las seguridades de recibir. El que no hace el mal por temor, no es un hombre honrado, porque su propósito de hacerlo revela ya una conciencia criminal, y es además un cobarde.

VII. Un scout se distingue por la corrección de su lenguaje y por el aseo de su persona.

Vuestro Código moral os exige toda clase de perfecciones: quiere que sólo broten de vuestros labios palabras correctas que revelen que sois personas honestas y decentes.

Un niño grosero en su lenguaje, no me parece un niño, sino vasija humana llena de toda clase de podredumbres que revientan por la boca. Por aseo de la persona de-

béis entender la limpieza de vuestro cuerpo y de vuestros vestidos, esto es, cumplir con todos aquellos preceptos que la higiene aconseja y los hombres civilizados practican, para conservar la salud y no hacernos desagradables o peligrosos para los demás.

VIII. Un scout debe obediencia a las órdenes de sus superiores, sin preguntar la razón de ellas.

Este sabio precepto es la base de toda disciplina. «Ser disciplinado no es obedecer ciegamente órdenes que no se comprenden; no es obedecer por temor a los castigos que podrían sobrevenir. Obediencia semejante sólo es propia de máquinas, de brutos y de esclavos. La obediencia sólo tiene un valor moral y una utilidad real cuando es reflexiva y conciente, cuando el que obedece tiene confianza en el que lo manda, porque lo estima honorable y competente. En este caso, sólo se trata de comprender la orden recibida y sin exagerarla esforzarse en cumplirla ampliamente en todo su alcance. Obedecer así es obedecer libre y honrosamente, puesto que en el

fondo no es sino obedecerse a sí mismo, a su conciencia, a su razón, no siendo el que manda sino un intérprete que con clarovidencia y responsabilidad persigue un fin común». (1).

IX. Un scout debe ser trabajador y económico.

Nunca he tomado como una maldición de Dios aquellas frases del Evangelio que ordenan ganar el pan con el sudor de la frente.

El trabajo es fuente creadora de la vida; dignifica al hombre, lo estimula, perfecciona y enriquece.

El hombre que no trabaja se atrofia.

¡Desgraciados los pueblos que viven en el ocio y la inacción! Felizmente para la humanidad, pronto se pudren y desaparecen.

Todas las manifestaciones del trabajo, por muy modestas que sean, honran al hombre y contribuyen al bienestar general.

(1) J. Girod, *Démocratie, Patrie et Humanité*.

Bastarse a sí mismo, obtener su independencia económica, debe ser un ideal que ojalá acariciarais cada uno de vosotros. Para realizarlo, no hay más que dos medios honrados: el trabajo y la economía.

X. Un scout amará la naturaleza y protegerá los animales y las plantas.

La naturaleza es una manifestación de Dios.

Todo lo que ella encierra fué creado para nuestro propio beneficio: por lo menos por gratitud debemos amarla.

También las cosas bellas son dignas de ser amadas: las aves con sus gorgeos, las flores con sus perfumes, las campiñas con sus verdores, la poética puesta del sol tras la montaña, el arroyuelo que canta entre las peñas, todo tiene, pues, su encanto y hermosura.

El pueblo nipón, uno de los más fuertes y poderosos de la tierra, ha hecho un culto del amor a la naturaleza y, al rededor de los más bellos paisajes, se agrupan las multitudes, en un éxtasis voluptuoso de amor y de ternura.

Y en cuanto a los animales, manifestación también

de esa misma naturaleza, que quieren y sienten tan intensamente como nosotros, debemos igualmente brindarles nuestro afecto y además nuestra protección. Dijo Schopenhauer: «la piedad para con los animales se halla tan estrechamente unida a la bondad de carácter, que se puede afirmar con toda confianza que el que es cruel con los animales no puede ser un buen hombre». (1).

AMADOR ALCAYAGA A.

Santiago, Noviembre de 1923.

(1) Schopenhauer, Los dolores del mundo.

SOC. IMP. Y LITO. UNIVERSO
AGUSTINAS 1250 ■ SANTIAGO

FOLLETOS PUBLICADOS POR EL CENTRO EDITORIAL
«LA TRIBUNA»

- | | | | |
|----|---|----|--|
| 1 | Dónde educaré a mis hijos. | 25 | Algunas influencias sociales de la guerra. |
| 2 | La Unión Católica. | 26 | Ellos y Nosotros. |
| 3 | La evolución de los hospitales. | 27 | La Enseñanza Pública y el Clericalismo. |
| 4 | El servicio de la instrucción primaria. | 28 | Los Problemas Sociales y Económicos en la Vida Rural. |
| 5 | Los bienes del Clero en 1917. | 29 | Nuestro desgobierno. |
| 6 | El Clero y la guerra actual. | 30 | La Ciencia y la Moral. |
| 7 | La instrucción primaria y las escuelas congregacionistas. | 31 | Motivos de Proteo. |
| 8 | La evolución de la mujer, por Iris. | 32 | Reglamentación del Trabajo. |
| 9 | La obra de los Salesianos. | 33 | Organización Obrera y Examen de Conciencia. |
| 10 | La mujer chilena. | 34 | Superstición y Fanatismo. |
| 11 | Los incrédulos. | 35 | El Clericalismo y la Democracia. |
| 12 | Los hombres de confianza. | 36 | La constitución legal de la familia. |
| 13 | Actividades femeninas chilenas | 37 | De las religiones y de la libertad del pensamiento. |
| 14 | La clausura del debate 1.º | 38 | Los Centros escolares. |
| 15 | La clausura del debate 2.º | 39 | Clase media y democracia. |
| 16 | El Hogar. La familia. | 40 | Pobreza Franciscana. |
| 17 | La Patria. La Humanidad. | 41 | La Esclavitud Blanca. |
| 18 | El Celibato eclesiástico. | 42 | Guerra Junqueiro y su obra revolucionaria. |
| 19 | La Beneficencia Laica. | 43 | Reflexiones sobre la separación de la Iglesia y el Estado. |
| 20 | Francisco Bilbao. | | |
| 21 | La Sugestión Religiosa. | | |
| 22 | La Fiesta del Trabajo. | | |
| 23 | Los Dogmas y el ideal moral. | | |
| 24 | Enseñanza Obligatoria. | | |

El Centro Editorial le ofrece a Ud. la mayor parte de estos folletos (pues hay algunos que están agotados) al precio de cuarenta centavos ejemplar, valor que nos puede remitir en estampillas o por giro postal a «La Tribuna», Santiago, Casilla 115.

LAS LEYES DEL SCOUT

I. Un scout debe amor a su familia, abnegación a su patria y lealtad a las leyes; a aquellas y a éstas ha de amparar cuando sean ofendidas o amagadas.

II. Un scout no falta jamás a la palabra empeñada y ha de ser para él un ambicionado honor merecer, por su veracidad, la confianza de los demás

III. Un scout cumplirá con su deber, será útil a sus semejantes y les prestará la ayuda que hayan menester.

IV. Un scout debe ser cortés con todos, sin distinción de clases sociales.

V. Un scout es intrépido, alegre y vivo y jamás anda con la cabeza inclinada.

VI. Un scout hace el bien por el bien, sin pensar en premios o recompensas.

VII. Un scout se distingue por la corrección de su lenguaje y por el aseo de su persona.

VIII. Un scout debe obediencia a las órdenes de sus superiores, sin preguntar la razón de ellas.

IX. Un scout debe ser trabajador y económico.

X. Un scout amará la naturaleza y protegerá los animales y las plantas.